



Estaban a poco de cumplir un año de vida, y su madre ya no les prestaba la misma atención y cuidados que antes. Además la notaban rara desde hacía varios días. Un macho se iba acercando por el río levantando ostensiblemente su hocico puntiagudo. Cira, la mamá nutria, se percató de su presencia y penetró en el río yendo a su encuentro. Los dos cachorros hicieron el ademán de seguirla, pero su madre adoptó una actitud agresiva contra ellos. Parecía querer que se marcharan. Entonces comprendieron el porqué del comportamiento de su madre.

Cira había entrado en celo, y eso suponía que en sus vidas iba a producirse un gran cambio.

Sí. Había llegado el momento de cambiar de aire. O más claramente: de río. Y por si les quedaba alguna duda, el gran macho estaba dispuesto a quitársela, pues dejó un momento el cortejo con Cira y los persiguió durante unos treinta metros. Cuando cesó la persecución, los dos hermanos estaban subidos en lo alto de un promontorio rocoso; se olisquearon y se sacudieron sus pelajes. Al rato, después de observar de lejos cómo su mamá y el acompañante jugaban con un pez, también ellos se pusieron a jugar, pero distanciándose cada vez más del territorio que los había visto nacer.

Así, con variados y divertidos juegos acuáticos, aliviaron la pena de separarse de su querida madre.

Durante unos días, Cimbre y Cimbra vagaron corriente abajo del río Cala, sin poder quedarse en un territorio concreto; pues las zonas de ribera que exploraban estaban ocupadas, bien por otras nutrias, o por otros animales como el tejón,





















